

León Benarós

MIRADOR
de **BUENOS AIRES**

 **CORREGIDOR**

Índice

Este <i>Mirador</i> , por León Benarós	9
--	---

I

Anteayer y ayer

El Buenos Aires del 1900	13
El viejo Jardín Zoológico.....	25
Cuerpo y alma de los viejos boliches	31
El Almacén del Burro Blanco.....	33
El Pueblo de las Ranas.....	35
Excursión a la Quema.....	37
Gente de la Avenida de Mayo.....	39
El Obelisco.....	58

II

Oficios y trabajos de antaño

Elogio del carrero	63
“El lecherito legal”	67
Pescadores, tacheros, paragüeros y afines	69
Azarosa vida de los charlatanes de feria.....	72
“Morocha, soy todo suyo”	76

III

De la pícara, mala y peor vida

Perimido arte de vender un tranvía.....	81
De la <i>punga</i> y otras profesiones liberales	83
De los locos <i>berretines</i>	85
Vida y pasión de los <i>fulleros</i>	87
Introducción al <i>filo-mishio</i>	90
De la rendidora cleptomanía.....	93
Introducción a la <i>furca</i>	95
Gente de llave en mano.....	97

IV

Casos, cosas y quisicosas

Verdadera historia del <i>Panquimogoge</i>	103
Reivindicación de la <i>pizza</i>	107
Arte de mirar las cornisas	109
Un ciervo en la Plaza de Miserere	111
El sombrero de Evaristo Carriego.....	113

V

A pie, por Buenos Aires

Florida anteayer, ayer y hoy.....	117
Plaza Lavalle.....	123
Plaza Roberto Arlt	126
Plaza Dr. Bernardo A. Houssay	129
Feria de antigüedades de San Pedro Telmo	132

VI

Gente de Buenos Aires

Últimos días de Eduardo Gutiérrez.....	137
Carlos Guido y Spano, poeta popular	140

ÍNDICE

<i>Fray Mocho: el fresco idioma de la calle</i>	146
<i>Almafuerte</i> en una novela de Manuel Gálvez	151
Presencia espiritual de Carriego	154
Rostro y poesía de Fernández Moreno	159
Ezequiel Martínez Estrada y <i>La cabeza de Goliat</i>	165
¿Qué cara tenía Oliverio Girondo?	171
Antonio Porchia, al borde de la beatitud	175
Lysandro Z. D. Galtier: del hondo sentir de las pampas al rescate de la bohemia finisecular	179
Semblanza de Leopoldo Marechal.....	184
Xul Solar: el hombre y sus claves.....	189
Gardel	197
Milonga para Borges.....	200

Este *Mirador*

¿En qué sentido, intenciones o direcciones se entiende, explica o significa este *Mirador de Buenos Aires*? Por lo menos, en dos. En primer término, en el de quien ve, observa, se demora, se regocija, se apasiona por las cosas porteñas, o en el recuerdo de seres que fueron, o en la certidumbre de los que son, tendiendo siempre a subrayarles su esencia significativa. En segundo lugar (¿por qué no el primero?) en la presencia sugerente de aquellos ya míticos miradores de las antiguas casas, por lo común cuadrangulares atalayas desde donde, considerado el viejo Buenos Aires de casi chato caserío, se alcanzaba a veces por lo menos a entrever o a sospechar en el horizonte la presencia del río moreno, el río de la Plata —de tan brillante nombre como franciscana faz—, al que continuamos dándole las espaldas, como condenado a inexistencia.

Desde este ilusorio *Mirador* escribimos, verificamos, anotamos, vemos a Buenos Aires en sus entrañas y en sus mañas, en su limpidez o en sus oscuras marañas, en su inocencia y en su picardía, en los huecos y recovecos de su buena y mala vida.

¿Cómo era ayer este bendito Buenos Aires que nos ocupa y preocupa, que disfrutamos muchas veces y sufrimos otras tantas, que no cambiamos por otra ciudad, aunque a veces nos altere y avinagre?

De lo mucho dicho, de lo andado y visto, de lo vivido y soñado han brotado estas páginas, a veces enamoradas, por momentos teñidas de nostalgia o ironía, pero siempre pegadas a los entresijos del corazón, sin que una punta de humor les falte.

Han ido saliendo en largos años y ahora se juntan en asamblea, a veces con el traje dispar, pero con el ánimo uniforme de comunicarse y aun secretarse algo de eso que es el misterio de Buenos Aires, para ver si nos entendemos.

De ahí que Borges o Gardel, la calle Florida o el Pueblo de las Ranas, la plaza Roberto Arlt, la feria de antigüedades de San Telmo o el delicado arte de la

MIRADOR DE BUENOS AIRES

punga, concurren a la cita, con el idioma callejero de *Fray Mocho* o la aguda indagación de Martínez Estrada, para ayudarse, con el mágico Xul Solar, a componer y definir ese organismo viviente y cambiante que es Buenos Aires, en sus cosas y protagonistas, en su mundo de perimidos tranvías, carritos de lechero, de tintineante andar; viejos almacenes, gentes y cosas que vio y cantó con prolijo amor Fernández Moreno y eventos mil, cuyo entreverado suceder compone esa especie de tapiz multicolor que, hebra a hebra, este *Mirador* quiere poner de relieve.

León Benarós

I

Anteayer y ayer

El Buenos Aires del 1900

El Buenos Aires del 1900 es ya para nosotros recuerdo, ironía, ternura. Su medalla tiene cara y cruz: el centro y las orillas. Cualquiera de las caras admite infinitas simbologías. Todas son verdaderas, y basta con que nos acerquen a la prefigurada imagen de nuestro fin de siglo.

Podemos imaginar, de un lado, una quinta en Belgrano o en Flores, el cariñoso cerco de mosquetas o madresevas, la guardia de los paraísos redondos, con cuyas ensartadas flores lilas se harían collares las criaturas.

Se llegaba a esas quintas por no pocos barriales, y el viaje tenía el color de la aventura y el aroma de los yuyos silvestres.

Esos descubiertos tranvías, tan de verano, de bancos largos y cortinitas alegres, se largaban por la calle Rivadavia al trote de los esforzados caballitos. Un largo letrero anunciaba al costado: *La Capital*. Era cosa dura pasar la bajada de Almagro, pero ya estaban los serviciales cuarteadores para salir del trance, y se podía sonreír al fin, como después de una hazaña, para recrearse en uno de esos inolvidables *pic-nics* de fin de semana. También aguardaban, al fin del viaje, la distraída charla en el jardín, la rueda del mate, el crepúsculo conversado en la llaneza de las visitas de antes. La quinta tendría su casa, algunas estatuas, alguna fuente con angelitos. Cualquier grabado antiguo nos restituye el largo corredor al que daban las habitaciones con persianas. Festonea el techo una guarda de hojalata. Entre el césped, leyendo la sábana de un gran periódico, está el señor de prolijo bigote flameado y alto cuello de cartón. Le da reposo una mecedora de mimbre. Le otorga perspectiva el abanico de la escalinata, que descende, entre la doble hilera de balaustres de mármol que rematan en macetones ariscos de pitas. Hay un pequeño pórtico, con arabescos de herrería. La hijita del hombre que lee —puro moño celeste y sombrero de paja de Italia— juega al *diávolo* o lanza al aire su aro de mimbre. Un gato, tan haragán como siempre, se acurruca al solcito.

La otra cara de la medalla es el barrio bravo, el compadre, la mala vida. Los malevitos de melena y pantalón abombachado a la francesa daban que hablar, sobre todo en el Once, por el lado del Abasto, o en Palermo, en la llamada *Tierra del Fuego*. Los revólveres niquelados tronaban en el atrio de Balvanera, en las elecciones bravías. También estaban el puñal, la muerte impune, la bravata irresponsable.

El Maldonado crecía a veces, arrastrando los ranchos miserables, como en una ablución purificadora y mortal.

Pero cada año, cada día, cada minuto, adelantan su luz sobre el que le sigue. De ahí que el tiempo tenga ese aire entremezclado, que es el estilo de la vida, y que no sea posible cortarlo a milímetro, encerrarlo entre mojones exactos. El 1900 porteño no termina ni empieza en 1900. Pero ciertos hechos, cierto color de los días hace que su carácter no se interne más allá del 906. Hasta el fin de siglo, nuestra capital vivió mirando a París. Era el año de la Exposición en la Ciudad Luz, y algunas chispas alcanzaban a los ávidos porteños. Sin embargo, daba el rumbo la fuerte sangre criolla, el gesto del estanciero tostado, hombre a lo José Hernández, de campo y ciudad, y, por San Telmo, hasta Constitución, estaban las olorosas talabarterías con su pingo embalsamado y los plateros se esmeraban en el apero reluciente de virolas, en las rastras con *patacones* y bolivianos, en los prolijos frenos y estribos. Todo eso insuflaba su aire rural, su hondura criolla al vivir, aunque el barniz exterior vistiera a muchos a la moda de París.

El 1906 le pone un dique —aunque no exacto—, a nuestro fin de siglo. Buenos Aires empieza a sentirse cosmopolita y orgullosa. El Centenario próximo la encuentra agitada por bravas huelgas, y las bombas de tiempo de la colección *Sempere* empiezan a bullir bajo el cráneo de la gente joven, que se atraca sin medida de lecturas levantiscas. Empiezan el satanismo literario, las “misas herejes”, los audaces brindis, toda esa artillería inofensiva que el tiempo piadoso acalla y cubre.

Para la guía de un viajero sin apuro, Buenos Aires no deparaba grandes sorpresas. Al este estaba la Estación Central de los ferrocarriles, bordeando el Paseo de Julio. Algunas torres, las de las iglesias, sobresalían de las casitas chatas y encaladas. Compadreando en eses, bajaban la cuesta los livianos tranvías de caballos. La Plaza de Mayo levantaba el profuso penacho de sus palmeras. Los dos pisos de la casa de Juárez Celman eran ya un orgullo. El Parque de Artillería alzaba su viejo paredón en la actual Plaza Lavalle. La larga lengua del muelle de pasajeros se adelantaba en el río, supliendo la falta de dragado.

Estaban las “casas de vistas”, con las que muchos hicieron plata, las que permitieron decir al poeta:

El distinguido compatriota José Podestá
Gloria del Teatro Nacional

SALÍ DE LA LUZ



Tango
Criollo

Para
Piano

Ejecutado con gran éxito
en el Teatro Hipódromo

por
Antonio M. Lagomarsino

Ediciones
DAVID POGGI e Hijo
Calle de la Plata 448 - 1911 - Buenos Aires C

Tapa de la edición de un tango de principios de siglo, con sus damas de largos vestidos y monumentales sombreros.